

DIÁNOIA

Diánoia

ISSN: 0185-2450

dianoia@filosoficas.unam.mx

Universidad Nacional Autónoma de México
México

MARTIARENA, ÓSCAR

Del sentido de la genealogía

Diánoia, vol. XLIX, núm. 53, noviembre, 2004, pp. 57-69

Universidad Nacional Autónoma de México

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=58405303>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Del sentido de la genealogía*

ÓSCAR MARTIARENA

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional Autónoma de México

martifyl@servidor.unam.mx

Resumen: A partir de diversos fragmentos de *Ecce homo*, *Así habló Zaratustra*, *La gaya ciencia* y la propia *Genealogía de la moral*, Martiarena busca mostrar el sentido, la finalidad que, en la obra de Nietzsche, tiene hacer historia de la moral: *crear libertad para nuevas valoraciones*. A su vez, en el ensayo se sostiene que, en la filosofía contemporánea, la obra de Michel Foucault puede ser vista como *genealogía de la moral* y que el filósofo francés cultivó la noción y la práctica de la *genealogía*, conservando el sentido sugerido inicialmente por Nietzsche.

Palabras clave: moral, historia, Nietzsche, Foucault

Abstract: In “On the Sense of Genealogy”, from several texts of *Ecce Homo*, *Thus Spoke Zarathustra*, *The Gay Science* and *On the Genealogy of Morals*, Martiarena points out the sense, the aim that, in Nietzsche’s thought, has to make studies on moral history: *to create freedom to new valuations*. Also, the author held that in contemporary philosophy Michel Foucault’s work can be seen as *genealogy of morals* and that the French philosopher practiced and developed the idea of *genealogy* in the Nietzsche’s original sense.

Key words: moral, history, Nietzsche, Foucault

Hermanos míos, ¿para qué fin se requiere del león en el espíritu? ¿Qué no basta la bestia de carga resignada y reverente?

F. NIETZSCHE

I

En la breve nota sobre sus ensayos en torno a la procedencia de nuestros valores morales contenida en su brillante autobiografía, Nietzsche apunta que, por su expresión, propósito y arte de la sorpresa, los tratados de su *genealogía* son “lo más inquietante (*Unheimlichste*) que hasta ahora se ha escrito.”¹ Esto es, a cierta distancia, Nietzsche observa que, por su formulación y finalidad, aunque también por su originalidad y estilo, sus escritos sobre historia de la moral incomodan, intranquilizan, incluso quizá perturbaban. Pero además de su condición “inquietante”, al final de la nota Nietzsche se refiere a ellos como a: “Tres trabajos preliminares (*Vorarbeiten*) de una psicología para la ‘transvaloración’ de todos los valores.”² Es decir, a

*“Del sentido de la genealogía” fue presentado en el marco del Coloquio Internacional Michel Foucault realizado en la Ciudad de México del 9 al 12 de febrero de 2004.

¹ F. Nietzsche, *Ecce homo, Sämtliche Werke*, vol. 6, p. 352. Las traducciones de las obras de Nietzsche procedentes de la edición de las *Sämtliche Werke* son mías.

² *Ibid.*, p. 353.

poco más de un año de su publicación, Nietzsche alude a sus tres tratados sobre la *genealogía* de la moral como un *antecedente*, como algo *previo* a la por él augurada, aunque también impulsada en sus últimos escritos, *transvaloración* de todos los valores. Así que, a los ojos del propio Nietzsche, a la par de inquietantes y perturbadores, sus trabajos genealógicos tienen la particularidad de ser *previos*, *preparatorios* de la tranvaloración buscada.

Que fuese consciente de lo “inquietante” de sus estudios de historia de la moral se muestra también en la carta que acompaña al ejemplar de la *Genealogía* que envía a su apreciado Jacob Burckhardt en noviembre de 1887, en la que Nietzsche escribe:

*todos los platos que sirvo en la mesa contienen manjares tan duros y difíciles de digerir que convidar a ella a invitados, y sobre todo a invitados tan venerados como usted, no deja de constituir un abuso de las reglas de amistad y de hospitalidad. Para cascar nueces uno debería quedarse solo en su casa y no exponer al peligro más que a sus propios dientes.*³

Pero si bien sabe de la dureza de sus frutos, no deja de llamar la atención que Nietzsche mencione a un historiador tan oficioso como Burckhardt, aun siendo metafóricamente, el “peligro” que conlleva “cascar” nueces tan duras y difíciles de digerir, como las de sus estudios de historia de la moral, no sólo para los invitados, sino también para los dientes del propio historiador. En efecto, sobre el tipo de nuez cascada, Nietzsche dice a Burckhardt: “en este nuevo caso se tratan problemas psicológicos de la naturaleza más dura: hasta el punto de que se requiere mayor valor para plantearlos que para arriesgar una respuesta cualquiera sobre ellos”.⁴ Es decir, pareciera que la propia práctica de la genealogía es arriesgada; al menos, para emprenderla, requiere coraje.

En todo caso, a pesar de su condición inquietante (*Unheimlich*), incluso alarmante; de su inherente dureza y consecuente dificultad para digerirlos; de la fuerza y del coraje requeridos para su formulación; a pesar de todo ello son, para Nietzsche, trabajos preparatorios, preliminares, previos (*Vorarbeiten*); es decir, son trabajos en cierta forma necesarios, se requiere su realización. El verbo en alemán, no sólo el sustantivo, nos da una idea más clara de la voluntad que los anima: *vorarbeiten* significa “preparar el terreno”, “trabajar para mañana”, “allanar el camino”. Esto es, Nietzsche concibe sus estudios de historia de la moral como una forma de aparejar la superficie del terreno, de trabajar para el día de mañana, de abrir el camino, acaso para que “algo” futuro nazca y crezca ahí; para que ese “algo” transite libremente. Los de la *genealogía* son trabajos necesarios, incluso si la labor requerida implica remover la tierra a pico y pala.

³ F. Nietzsche, *Correspondencia*, p. 118.

⁴ *Ibid.*

De tal suerte que, una vez corrido el riesgo, la posible recompensa sea quizá alta. Así parece, al menos por la forma en la que Nietzsche se expresa de sus resultados, expuestos, como él mismo lo dice, de manera inquietante. También, en la nota de *Ecce homo*, al referirse a los tres ensayos de la *Genealogía*, como si en cada uno de ellos se tratara de una pieza musical con movimientos propios, Nietzsche comenta escuetamente su composición, en cuyo final se anuncia una nueva verdad:

En cada ocasión un comienzo que debe desconcertar, frío, científico, irónico en sí mismo, intencionalmente resaltado, intencionalmente detenido. Poco a poco más inquietud; esporádicos relámpagos; desde lejos de aquí, con roncós gruñidos, se revelan verdades muy desagradables —hasta que finalmente se alcanza un *tempo feroce* en el que todo empuja hacia delante con formidable tensión. Al final, en cada ocasión, bajo detonaciones por completo espeluznantes, una nueva verdad visible entre densas nubes.⁵

II

Al inicio del primero de sus discursos, dice Zaratustra: “Tres transformaciones del espíritu os menciono: cómo el espíritu se convierte en camello, y en león el camello, y en niño por último el león.”⁶ Poco después, al detenerse en la transformación del camello en león, Zaratustra pregunta: “Hermanos míos, ¿para qué fin se requiere del león en el espíritu? ¿Qué no basta la bestia de carga resignada y reverente?” Como sabemos, la respuesta es un rotundo *no*. Y ello porque, si bien la creación de nuevos valores no es propia del poder del león, sí lo es el “crearse libertad para un nuevo crear”.⁷ Sólo el león puede “tomarse el derecho de nuevos valores”; tal acto es un robo y, para el espíritu dócil y reverente de la bestia de carga, “cosa de un animal de rapiña”.⁸ A diferencia del camello, el león depredador *tiene* que encontrar “arbitrariedad aún en lo más santo” y “robarse libertad”, a fin de que, más tarde, mediante el olvido y la inocencia, en un santo “decir sí”, se realice la tercera transformación, en la que al niño, en su inocencia, le sea lícito crear nuevos valores.⁹

Ahora bien, si la pensáramos como una de las tres transformaciones del espíritu de las que habló Zaratustra, no cabe duda de que la *genealogía* sería la segunda de ellas. De modo que, a las descripciones de su condición inquietante, se sumaría ahora el que, a diferencia del dócil camello, tomándose el derecho de valores distintos y robándose la posibilidad misma de hacerlo, el león depredador deba crear libertad para una nueva creación,

⁵ F. Nietzsche, *Ecce homo*, p. 352.

⁶ F. Nietzsche, *Also sprach Zarathustra*, p. 29.

⁷ *Ibid.*, p. 30.

⁸ *Ibid.*

⁹ *Ibid.*, pp. 30–31.

incluso teniendo que encontrar arbitrariedad en lo más santo, en lo más venerado; esto es, el león tiene que tomarse el derecho de encontrar el azar en el seno mismo de los más altos valores; hallarlo incluso en el momento de su formulación. Aunque sus esfuerzos tengan condición preliminar, previa y, no obstante, del todo necesaria: son trabajos sólo para preparar el terreno, el día de mañana; son el preámbulo de un nuevo crear.

III

A la figura del león depredador del *Zarathustra* como historiador de la moral le falta un matiz fundamental. En particular, porque la imagen da la impresión de que es sólo a través de sus garras que el león se toma el derecho, crea libertad, para nuevos valores. Es decir, la imagen es de fuerza física que se impone, desgarrar y, quizá, devora. Sin embargo, los estudios de historia de la moral de Nietzsche, si bien despreocupados, irónicos, a veces violentos, no se caracterizan únicamente por imponer su fuerza. No por ello dejan de ser inquietantes; si lo son, es por otros motivos.

En todo caso, llama la atención que muy pronto, en los primeros párrafos del prólogo a *Zur Genealogie der Moral*, a partir de lo que llama su *voluntad fundamental*, consistente en preguntarse por la *procedencia* (*Herkunft*) de nuestros valores morales, si bien afirma que: “necesitamos una crítica de los valores morales, en primer lugar, alguna vez ha de ponerse en duda el valor mismo de tales valores...”, a la par de ello, Nietzsche da a conocer el contenido de la urgente crítica: “un conocimiento de las condiciones y circunstancias en que [los valores] surgieron, bajo las que se desarrollaron y trastocaron”.¹⁰ Es decir, lejos de consistir en un mero desgarrón, la labor de crear libertad para nuevos valores requiere un trabajo paciente y minucioso que analice el lugar y la manera en que los valores surgieron y se desarrollaron. Líneas adelante, al referirse a la tonalidad *gris* que las caracteriza, Nietzsche precisa las fuentes que convienen a un genealogista de la moral: “lo fundado en documentos, lo real y efectivamente comprobado, lo que realmente ha existido; en pocas palabras, toda la larga, difícilmente descifrable escritura jeroglífica del pasado de la moral humana”.¹¹ De hecho, el genealogista ha de estar dispuesto a hacer un largo viaje: “Se trata —dice Nietzsche— de recorrer el inmenso, remoto y recóndito continente de la moral —de la que realmente ha existido, de la moral realmente vivida... ”¹²

La travesía del genealogista no sigue rutas trazadas previamente. El sugerido es, de hecho, un recorrido nunca antes practicado. Acaso la *genealogía* descubre el propio continente de la moral, al que interroga con el

¹⁰ F. Nietzsche, *Zur Genealogie der Moral*, p. 253.

¹¹ *Ibid.*, p. 254.

¹² *Ibid.*

cíncel, con nuevas preguntas, para generar un conocimiento que nunca antes había existido y que quizá tampoco ha sido deseado. Más que pensar en el valor de los valores como algo dado de antemano, como algo más allá de todo poner en duda, al detenerse minuciosamente en la moral que efectivamente ha existido, en sus fuentes, el genealogista revela la contingencia misma de los valores. Descubre, entonces, “la moral como resultado, como síntoma, como máscara, como ‘tartufería’, como enfermedad, como equívoco; pero también la moral como causa, como remedio, como estimulante, como estorbo, como veneno. . .”¹³

Así, el saber documentado escrupulosamente, obtenido en fuentes históricas precisas, fruto del recorrido minucioso por el ancho continente de la moral, es un conocimiento duro y difícil de digerir, inquietante, pero también una nueva verdad que se hace visible “entre densas nubes”. Aunque además del saber generado, tomar en serio los problemas de la moral conlleva, para Nietzsche, una recompensa: la *jovialidad*; “o para decirlo en mi lenguaje, la *ciencia jovial* es una recompensa: una recompensa para una prolongada, valiente, laboriosa y subterránea seriedad, la cual, por cierto, no es cosa de cualquiera”.¹⁴

La *genealogía de la moral*: una *ciencia* cuya práctica es recompensada con la *jovialidad* y que acaso pueda ayudar, al menos preparar el terreno, para el mañana, para un nuevo crear, para el surgimiento de nuevos valores.

IV

La posibilidad de emprender estudios de historia de la moral tiene, en el pensamiento de Nietzsche, una enunciación anterior incluso a *Así habló Zaratustra*. En *La gaya ciencia*, al inicio del párrafo titulado “Algo para laboriosos”, al dirigirse jovialmente a todos los que se decidan a emprender un recorrido por el extenso continente de la moral, Nietzsche les augura: “Quien tenga hoy la intención de hacer un estudio de los asuntos morales se abre un formidable campo de trabajo.”¹⁵ Para Nietzsche claro está, tales estudios tienen que emprenderse en la historia misma. Es tal su interés, su entusiasmo, que dibuja escrupulosamente el continente que sugiere estudiar:

Todo género de pasiones tiene que ser examinado individualmente a fondo, rastreado individualmente a través de los tiempos, en los pueblos, en los grandes y pequeños individuos; ¡ha de salir a la luz toda su razón y todas sus estimaciones e iluminaciones de las cosas! Hasta ahora carece de historia todo lo que ha dado color a la existencia: ¿dónde habría una historia del amor, de

¹³ *Ibid.*, p. 253.

¹⁴ *Ibid.*, p. 255.

¹⁵ F. Nietzsche, *Die fröhliche Wissenschaft*, § 7, p. 378.

la codicia, de la envidia, de la conciencia, de la piedad, de la crueldad? Incluso hasta ahora falta por entero una historia del derecho, o al menos del castigo. [...] ¿Se han recopilado las experiencias sobre la vida en común, por ejemplo, las experiencias de los monasterios? ¿Ha sido ya interpretada la dialéctica del amor? ¿Han encontrado ya su pensador las costumbres de los doctos, de los comerciantes, los artistas, los artesanos? ¡Hay tanto que pensar en ello! Todo lo que hasta ahora los hombres han contemplado como sus “condiciones de existencia”, y toda razón, pasión y superstición sobre tal meditación —¿ha sido examinado ya hasta el final?¹⁶

Y como en la creación de libertad realizada por el león, de acuerdo con las transformaciones del espíritu de las que habló Zaratustra, Nietzsche tiene amplias expectativas en los resultados de las indagaciones históricas propuestas. A diferencia de la imagen metafórica, en el mismo párrafo de *La gaya scienza*, Nietzsche precisa aún más lo que espera de las indagaciones históricas propuestas:

Suponiendo que todos estos trabajos fuesen realizados, aparecería en primer término la más escabrosa de todas las preguntas: si la ciencia está en condiciones de *dar* fines al obrar, después de haber demostrado que puede quitarlos y aniquilarlos —entonces sería posible un experimentar en el que todo tipo de heroísmo pudiera satisfacerse, un experimentar de siglos que pudiera eclipsar todos los grandes trabajos y sacrificios habidos en la historia. Hasta ahora la ciencia no ha construido su obra de cíclopes; también llegará el tiempo para ello.¹⁷

Así, la laboriosidad esperada del historiador de la moral —entendida en *Ecce homo* como un preparar el terreno, el día de mañana; expresada metafóricamente en *Así habló Zaratustra* como un crear libertad por parte del león depredador; realizada en los tres tratados de la propia *Genealogía*—, desde la perspectiva de *La gaya scienza* es una puerta que se abre hacia el mañana, hacia la posibilidad de un experimentar de siglos. A los ojos de Nietzsche constituye un nuevo comienzo cuya expectativa es que el saber alcanzado, producido a través del recorrido por el continente de la moral y de su historia, provea de fines al obrar, es decir, a nuestra propia existencia.

V

Después de Nietzsche, nadie como Michel Foucault, con su particular minuciosidad, se ha abierto al inquietante y formidable continente de la historia de la moral. En momentos, como si hubiese sentido la llegada del

¹⁶ *Ibid.*, pp. 378–379.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 379–380.

tiempo para realizarlos, pareciera que sus estudios se inspiran y toman su dirección del fragmento de *La gaya scienza* citado: historia de las cosas del amor, historia de la conciencia, historia del castigo y de los reglamentos (de los hospitales, de las prisiones, de las fábricas); pero también es cierto que, a los sugeridos, Foucault añadió rubros de indagación que sin duda hubieran llamado la atención del propio Nietzsche: historia de la locura, de la mirada de los médicos, de las relaciones entre las palabras y las cosas, de las artes de la existencia.

Y como la *genealogía* de Nietzsche, los tratados de Foucault son duros para los dientes y para la digestión de muchos. Son los trabajos de un laborioso león-archivista que se arrogó el derecho de nuevos valores, de encontrar arbitrariedad, el azar mismo, en lo que, al parecer, se encontraba fuera de toda duda; en suma, se tomó la prerrogativa de crear libertad para un nuevo crear. Quizá por ello, consciente de la condición inquietante de sus trabajos, poco después de la publicación de *Vigilar y castigar*, el propio Foucault los sitúa en la línea de los estudios de historia de la moral inaugurada por Nietzsche. Dice Foucault: “Si fuera pretencioso, daría como título general a lo que hago: *genealogía de la moral*.”¹⁸

De hecho, Foucault hizo *genealogía* de la moral y su afirmación dista de ser pretenciosa. Incluso, en sus trabajos desarrolló la noción de *genealogía* y, ante todo, su práctica. De la *Historia de la locura* a la *Historia de la sexualidad*, Foucault despliega un formidable trabajo genealógico orientado a desmontar, a destruir ese poder que se ejerce sobre la vida cotidiana y que, tal como lo describe en “El sujeto y el poder”, escrito en 1982, “clasifica a los individuos en categorías, los señala por su propia individualidad, los sujeta a su identidad, les impone una ley de verdad que deben reconocer y que los otros deben reconocer en ellos. Esa forma de poder que transforma a los individuos en sujetos.”¹⁹ Y como corolario, líneas después, Foucault añade la sentencia, sin duda inquietante, dura de roer: “hoy en día el objetivo principal no es descubrir sino rechazar lo que somos”.²⁰

Sin embargo, a la par del momento destructivo, a Foucault le interesaba algo más que rebasa la mera negatividad de la *genealogía*. “Nos es necesario —dice en el mismo texto— imaginar y construir lo que podríamos ser para liberarnos de este tipo de ‘doble coacción’ que es la individualización y la totalización simultáneas de las estructuras del poder moderno.”²¹ A lo que añade: “Nos es necesario promover nuevas formas de subjetividad

¹⁸ M. Foucault, “Entretien sur la prison: le livre et sa méthode”, vol. II, p. 753. Las traducciones de los textos citados de M. Foucault son mías.

¹⁹ M. Foucault, “Le sujet et le pouvoir”, p. 227.

²⁰ *Ibid.*, p. 232.

²¹ *Ibid.*

mediante el rechazo del tipo de individualidad que se nos ha impuesto durante varios siglos.”²²

Quizá por ello, además de inquietantes, los tratados de historia de la moral de Foucault bien pueden ser pensados como trabajos preliminares, previos: preparan el terreno, trabajan para el día de mañana. Además de cincelar en las canteras que sostienen el presente, tienen el sentido de crear las condiciones para un nuevo valorar, para un nuevo comienzo. Acaso pensando en que sus estudios genealógicos pudieran servir para crear libertad, en 1982 afirmó: “Mi papel [...] es mostrar a los individuos que son mucho más libres de lo que piensan, que tienen por verdaderos, por evidentes ciertos temas que fueron contruidos en un momento particular de la historia, y que esta pretendida evidencia puede ser criticada y destruida.”²³ Pero criticada y destruida, no por la mera voluntad de devorar, sino con la finalidad de abrir un ámbito, un espacio para nuevas valoraciones; al menos para pensar de manera diferente. Sobre sus estudios de “historia”, en *El uso de los placeres* escribe: “Se trata de un ejercicio filosófico: en él se ventila saber en qué medida el trabajo de pensar su propia historia puede liberar al pensamiento de lo que piensa en silencio y permitirle pensar de otro modo.”²⁴

VI

Si bien los estudios sobre la procedencia de nuestros valores morales son una forma de historia —en su carta a Burckhardt, Nietzsche se refiere a ellos como “unos estudios de historia de la moral”—, no se reducen a un mero “historiar”. Es decir, no tienen fin en sí mismos. Para Nietzsche son preparatorios, previos; sirven para crear libertad. Para Foucault, son útiles para mostrar a la gente que es más libre de lo que piensa. Ambos los consideran un ejercicio filosófico: preparan la transvaloración de los valores, diría Nietzsche; conducen a pensar de otra manera, diría Foucault.

Por ello, el ejercicio genealógico dista de aquella forma de historia que se presta a garantizar o conservar un estado de cosas. A la par, la *genealogía* se distancia de la filosofía de la historia “tradicional” que supone que cada acontecimiento forma parte del destino de la humanidad o de la realización de alguna *idea* concreta.²⁵ Para la *genealogía*, la historia no tiene “linealidad” alguna; en todo caso, la *genealogía* quiere asistir al momento en el que surgen las interpretaciones, incluso aquellas que afirman que forma-

²² *Ibid.*

²³ M. Foucault, “Vérité, pouvoir et soi”, p. 778.

²⁴ M. Foucault, *Histoire de la sexualité II: L'usage de plaisirs*, p. 17.

²⁵ La *genealogía* se aparta de las pretensiones de una filosofía de la historia universal como la de Hegel, para quien todo acontecimiento forma parte de un único devenir de pueblos e individuos determinado por el dominio del concepto.

mos parte de un único devenir y que cada acontecimiento puede y debe ser interpretado en una sola dirección y en un solo sentido. Así, el objetivo de la *genealogía* no es discutir la verdad de los enunciados; en todo caso, se detiene en el momento de su irrupción, en su procedencia. La *genealogía*, es cierto, pregunta: *¿quién habla?*, pero no para obtener un nombre, sino para interrogar acerca de lo que se expresa en el enunciado: el carácter o, si se quiere, el modo de ser de quien la enuncia; esto es, su temple, su talante, su humor, su estado de ánimo, sus tendencias, su disposición hacia la vida e, incluso, hacia los otros.

Para su ejercicio, para enunciar sus resultados, la *genealogía* no se solapa en una pretendida razón universal que dicta su verdad en todas direcciones. Tampoco se cobija en divinidad alguna. En cambio, quiere atenerse a los ámbitos de la experiencia, de lo históricamente comprobable. Así, pues, la *genealogía* no se formula a partir de nuestros deseos o de lo que hubiéramos querido que sucediera en la historia efectiva, real. Consciente de que en el proceso de conocimiento con frecuencia se introducen conceptos que pretenden explicarnos y fundamentar la realidad —como los de *Dios*, el *hombre*, la *evolución*, la *tradición*, el *progreso*, el *sistema*. . . —, la *genealogía*, por el contrario, se propone un trabajo objetivo, fundado en documentos que, con instrumentos precisos, quiere encontrar *en* el mundo, no fuera de él, ni en el seno de un concepto *a priori* que lo fundamente, la procedencia de los valores morales y de las interpretaciones que nos gobiernan.

En tal medida la *genealogía* es historia; de hecho, quiere pensar con la historia y a partir de ella, incluso de la historia de las interpretaciones. No para permanecer en ellas ni para encontrar un único hilo explicativo en la sucesión de los acontecimientos; la *genealogía* quiere más bien pensarlos en su irrupción, en su singularidad.

No por ello la *genealogía* es mera devastación; tampoco una simple destrucción retórica que se contenta con derribar ídolos y que así limita la posibilidad de futuras interpretaciones, acciones o valoraciones. La *genealogía* sabe que las interpretaciones son *humanas*, *demasiado humanas*. Si interroga y critica no es para dejar tras de sí un páramo inservible, desierto, estéril.

A su vez, en contra de la tiranía del concepto, incluso oponiéndose a la tradición, la *genealogía* quiere mostrar que las interpretaciones que se presentan como evidentes datan de un momento histórico preciso, que fueron construidas en condiciones y circunstancias que es posible conocer, en las que seres humanos actuantes las establecieron con fines específicos. Y, al hacerlo, al revelar que las interpretaciones tienen un espacio y un momento histórico en los que surgieron, al mostrar que los acontecimientos son azarosos, fortuitos, la *genealogía* libera, abre posibilidades para la creación

de valores y de nuevas interpretaciones: aquellas que fortalezcan nuestra existencia, la del presente, la del momento en el que somos actantes.

VII

Por su expresión y propósito; por su sorprendente composición, en principio fría, objetiva, científica, que lentamente abre el paso a verdades “muy desagradables”; por el *tempo feroce* con el que conduce sus revelaciones; por el estruendo con el que cada ensayo hace visible una nueva verdad entre las nubes, la *genealogía de la moral* es profundamente inquietante.

Más allá de su composición, la *genealogía* es también desconcertante. Es, de hecho, el resultado de la acción de un león que, a diferencia de la bestia de carga, resuelve robarse libertad para su actuar; un león depredador que, incluso, *tiene* que encontrar arbitrariedad, el azar mismo, en lo otrora más santo, más venerado.

Para ello, más que devorar, aunque conservando su vocación depredadora, el león-genealogista debe realizar un recorrido paciente y minucioso por el inmenso continente de la moral que realmente ha existido y generar, a partir de documentos, de datos comprobables, un conocimiento de las condiciones y circunstancias en las que los valores surgieron y se desplegaron trastocándose.

Ahora bien, si en verdad se corresponde con la segunda de las tres transformaciones del espíritu de las que habló Zaratustra, no cabe duda de que el genealógico es un momento cuya característica principal, a pesar de requerir paciencia y de realizarse minuciosamente, es la de ser destructor de los valores morales que el animal de carga, dócil y reverente, lleva sobre sí. En efecto, el de la *genealogía* es un momento fundamentalmente negativo, de crítica. Su punto de partida es triple: en primer lugar, el convencimiento de que es lícito poner en duda el valor de los valores morales; en segundo, la necesidad de una crítica de los propios valores y de su pretendida evidencia; en fin, la certeza de que tales valores fueron producidos en un tiempo y un espacio específicos y que, por tanto, pueden ser derruidos.

Sin embargo, el momento genealógico no se agota en sí mismo ni se pierde en su negatividad. Por el contrario, la *genealogía* tiene y abre horizontes. Acaso el recorrido por el continente de la moral sea ya, para un espíritu libre, la recompensa de tan exigente labor. Aunque, como fundador de la práctica, Nietzsche piensa que el ejercicio de la prolongada y laboriosa seriedad que exige la *genealogía* conlleva algo más: la *jovialidad* para quien la practica y quizá también para quien la recrea leyéndola.

A su vez, en su inquietante expresión, el propio ensayo genealógico anuncia una nueva verdad.

Pero, ante todo, habría que pensar que en realidad los genealógicos, como lo pensaba Nietzsche, son trabajos preliminares que sirven para pre-

parar el terreno, que allanan el camino para que “algo” futuro transite libremente y le sea lícito crear nuevos valores. De hecho, el momento destructor de las tres transformaciones de las que habló Zaratustra, el momento en el que el león rapaz genera la libertad para un nuevo crear, sólo tiene sentido en relación con el tercer momento en el que el niño es capaz de lo que el león todavía no lo fue: un nuevo comienzo en el juego de crear.

Ahora bien, de la última de las tres transformaciones del espíritu de las que habló Zaratustra tenemos escasas indicaciones. Una de ellas se refiere a la inocencia, en el sentido de ausencia de culpa. Dice Zaratustra:

El niño es inocencia (*Unschuld*) y olvido, un nuevo comienzo, un juego, una rueda que rueda por sí misma, un primer movimiento, un santo decir sí.

Sí, hermanos míos, para el juego del crear se requiere un santo decir sí: el espíritu quiere ahora *su* voluntad, el apartado del mundo se gana *su* mundo.²⁶

La indicación es, sin duda, enigmática. Acaso, como Nietzsche recomendaba, habría que rumiarla. Aunque convendría decir que si para la tercera transformación del espíritu es necesaria la inocencia (*Un-schuld*) en el sentido de *no culpa*, lo cierto es que tanto Nietzsche como Foucault trabajaron arduamente para hacer la genealogía de aquello que la impide: *la culpa* (*Schuld*). En efecto, los tres ensayos de historia de la moral de Nietzsche y el minucioso trabajo de Foucault sobre el *poder pastoral* y el gobierno de las conciencias, al analizar la procedencia de la culpa en el devenir occidental, constituyen el esfuerzo más serio, más logrado, para su destrucción. Trabajo negativo, eminentemente inquietante, que, sin embargo, tanto para Nietzsche como para Foucault es necesario: de acuerdo con la figura mítica de Zaratustra prepara el terreno para un inocente crear.

Ahora bien, entendida así, a partir de la verdad y de los efectos que produce, ¿sería la *genealogía*, ese saber jovial augurado por Nietzsche en *La gaya ciencia*, capaz de *dar* fines al obrar y de hacer posible un experimentar de siglos?

Sin duda, Nietzsche pensaba que sí; que a diferencia de aquellos que los han aniquilado, los propios de la historia de la moral son trabajos capaces de *dar* fines al obrar, que abren el mañana y las posibilidades de un múltiple experimentar.

Sabemos, asimismo, de la reticencia de Foucault —sana, por cierto—, a dar respuesta a las preguntas que surgen en torno a *¿qué hacer?*; conocemos su renuencia a dar recetas de cómo vivir, lo que debemos hacer y a prescribir las normas y los fines de nuestro actuar. No obstante, su entrega a la labor genealógica, su insistencia en pensar con sentido histórico, no deja lugar a dudas sobre la importancia que a sus ojos tiene la *genealogía*

²⁶ F. Nietzsche, *Also sprach Zarathustra*, p. 31.

para abrir el futuro. Para Foucault, lejos de ser la fuente de nuevos poderes “normalizadores”, la *genealogía* se requiere para liberarnos del tipo de individualidad que se nos ha impuesto por siglos, para alentar nuevas formas de subjetividad, para decirle a la gente que es más libre de lo que cree, para pensar de otra manera. Acaso para imaginar otras formas de vida, para crearlas. En sus últimos trabajos sobre la procedencia de las “prácticas de sí” se aprecia la índole crítica de la *genealogía* —por ejemplo, en relación con la pastoral cristiana—; sin embargo, pareciera que el crítico reclamara a su vez un nuevo momento. Así, en una entrevista sobre la genealogía de la ética, después de advertir que en el mundo moderno carecemos de “artes de la existencia”, como sí las tuvieron los griegos del siglo IV, Foucault desliza una insinuación que, sin pretender normalizar o dictar las reglas de un “correcto” actuar, alude a la moderna incapacidad para crearnos a nosotros mismos. Dice Foucault:

Lo que me sorprende es que, en nuestra sociedad, el arte sólo tenga que ver con los objetos, y no con los individuos o con la vida; que el arte sea un dominio especializado, el dominio de los expertos que son los artistas. Pero, ¿la vida de cada uno no podría ser una obra de arte? ¿Por qué un cuadro o una casa son objetos de arte, y no nuestra vida?”²⁷

El inquietante e imponente movimiento del espíritu que llamamos *genealogía* es uno de los principales legados de Nietzsche y de Michel Foucault. Ambos la cultivaron desarrollándola, martillando en el pedregal que nos sostiene, indagando laboriosamente la procedencia de diversas prácticas que oprimen y normalizan al hombre moderno; todo ello sólo para darnos alas, preparando el terreno para un nuevo crear. A partir de su titánica labor, que habrá que estudiar reiteradamente y alentar su enseñanza recreándola, nos queda también la tarea de multiplicar las genealogías; acaso sin olvidar que, al tiempo de inquietantes, son trabajos preliminares, previos, necesarios para cambiar la vida.

BIBLIOGRAFÍA

- Foucault, Michel, “À propos de la généalogie de l’éthique: un aperçu du travail en cours”, en *Dits et écrits*, vol. IV, pp. 383–411.
 —, *Dits et écrits, 1954–1988*, Gallimard, París, 1994, 4 vols.
 —, “Entretien sur la prison: le livre et sa méthode”, en *Dits et écrits*, vol. II, pp. 740–753.
 —, “Le sujet et le pouvoir”, en *Dits et écrits*, vol. IV, pp. 222–243.
 —, *Histoire de la sexualité II: L’usage de plaisirs*, Gallimard, París, 1984.

²⁷ M. Foucault, “À propos de la généalogie de l’éthique: un aperçu du travail en cours”, p. 617.

- Foucault, Michel, "Verité, pouvoir et soi", en *Dits et écrits*, vol. IV, pp. 777-782.
- Nietzsche, Friedrich, *Also sprach Zarathustra*, en *Sämtliche Werke*, vol. 4.
- , *Correspondencia*, trad. Eduardo Subirats, Labor, Barcelona, 1974.
- , *Ecce homo*, en *Sämtliche Werke*, vol. 6.
- , *Die fröhliche Wissenschaft*, en *Sämtliche Werke*, vol. 3.
- , *Sämtliche Werke, Kritische Studienausgabe*, ed. G. Colli y M. Montinari, de Gruyter, Berlín, 1999.
- , *Zur Genealogie der Moral*, en *Sämtliche Werke*, vol. 5.

Recibido el 23 de marzo de 2004; aceptado el 29 de junio de 2004.